

XI SEMINARIO ARGENTINO CHILENO Y V SEMINARIO CONO SUR DE CIENCIAS SOCIALES, HUMANIDADES Y RELACIONES INTERNACIONALES

SIMPOSIO 19 – Nación, identidad y cultura: perspectivas y debates contemporáneos

Coordinadoras: Jorgelina Loza y María Marta Quintana

La construcción de la identidad nacional rusa en la primera década del siglo XXI

NOMBRE Y APELLIDO DEL AUTOR: Mgter. Marcelo O. Montes

INSTITUCION DE PROCEDENCIA: Instituto AP. de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, República Argentina.

DIRECCION ELECTRONICA: mmontes@unvm.edu.ar

NOTA BIOGRAFICA DEL AUTOR: Marcelo O. Montes Rodríguez, Magister en Relaciones Internacionales (UNC), Licenciado en Ciencia Política (UNR), realiza su tesis doctoral en Relaciones Internacionales (UNR) sobre la política exterior de Rusia bajo la Presidencia Putin (2000-2008), Profesor Adjunto de Política Internacional, autor de libros y articulista sobre el tema. Fue Secretario de Investigación, IAPCS, UNVM entre los años 2007 a 2011. Realizó estancias de investigación sobre el tema ruso en las Universidades de Valladolid y Valencia en España y en el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia en Moscú en el bienio 2010-2011.

5 palabras clave: identidad nacional - constructivismo – Estado multinacional - opinión pública - Rusia

El presente trabajo pretende rastrear acerca del proceso de construcción de la identidad nacional rusa, tras la caída de la Unión Soviética. Se intenta llamar la atención de cómo se produjo esta evolución en un contexto inédito de un Estado, plurinacional, antes imperial y con una nueva estructura institucional federal, otrora coercitivamente centralista. Existiendo una sociedad civil poco participativa y con escasa o nula tradición democrática, tal proceso de construcción fue direccionado "desde arriba", desde la cúpula del poder, empleando todos los resortes del Estado y las élites que lo ocuparon, para consolidar tal socialización de valores, indispensable para bloquear una eventual disgregación territorial mayor a la ocurrida. La apoyatura teórica de este "paper" será la perspectiva abordada desde el constructivismo, teoría que en Relaciones Internacionales, permite tratar este tipo de temáticas, alejadas de enfoques racionalistas o materialistas.

En los últimos años, tanto en el campo disciplinar de las Relaciones Internacionales como en la Ciencia Política, han aparecido diversos trabajos que han focalizado su interés en el abordaje de cuestiones como el análisis de la política exterior de la Federación Rusa en los últimos 20 años (desde la caída de la URSS) como la naturaleza de la especial transición postcomunista que tuvo Rusia.

Pero en este trabajo, no se hablará de geopolítica, ni de intereses estratégicos rusos, perseguidos a lo largo de siglos. Tanto el realismo como el liberalismo no son teorías de las RRII, plenamente satisfactorias para explicar los cambios y las continuidades de la política exterior rusa porque obvian el hecho de que el interés nacional no trata sobre modernización o poder; en cambio, sí se refiere a una adaptación social al constantemente cambiante entorno internacional (por ejemplo, cooperar o confrontar con el mundo) y las condiciones locales, además del reconocimiento por un significativo "Otro", por ejemplo, "Occidente".

Entonces, la interrelación entre estructuras domésticas, ideas, intereses y ambiente internacional, puede ser comprensivamente ubicada dentro del constructivismo, para el cual, la categoría central es la "identidad". Las identidades e intereses de los actores no preexisten a tal interacción social sino que se desarrollan o "construyen" a partir de ella. Las naciones, interactuando con otros miembros del sistema internacional, desarrollan afinidades y en última instancia, sus propias identidades. Históricamente, algunas naciones o comunidades culturales emergen más importantes que otras y a través de estos "Otros", que los propios nacionales definen su propio carácter y tipos de acciones (Pouliot, 2007 :361) (Kassianova, 2001 :823) (Wendt, 1992: 402)¹.

La política exterior se constituye en una práctica productora de identidad, que en sí misma, es poder productivo: sirve como el mayor y mejor instrumento para el proceso de construcción, reconstrucción o reproducción de la autodefinición. Canaliza el compromiso con el ambiente externo; brinda evidencia de la percepción externa del mundo de la colectividad y funciona como un instrumento para

1

Diferentes trabajos, como por ejemplo, el de Ted Hopf, incluyendo desde las ópticas constructivista y postestructuralista, han tratado la temática de las identidades rusa y del Este, versus "Occidente" (Casula, 2007)

la realización de la autoimagen, a través de objetivos determinados por intereses y modos de probar su adecuación. Así, la política exterior con su rol de protector o “ancla” de la identidad nacional, provee a la elite gubernamental, con una herramienta poderosa y funcional a la movilización de las masas y la cohesión política (Kassianova, 2001 :821) (Merke, 2009) (Merke, 2009 :72) (Zubelzú, 2005).

En el caso ruso, el Estado que no es un actor unitario, racional y antropomórfico, que “habla con una sola voz”, posee la capacidad de generar identidad en la era postsoviética pero es el gobierno quien lo hace, a través de sus múltiples agencias y ministerios, empleando estrategias de movilización contra alguna amenaza externa para manipular el conflicto potencial en sus relaciones con ese “Otro” (Occidente), como un instrumento para fomentar la unidad nacional y la identidad estatal.

Para el análisis de las identidades, el término “identificación” permite especificar quiénes son los agentes que llevarán adelante tal proceso aunque sin por ello, asumir que el resultado será una construcción uniforme. Asimismo, el vocablo “autocomprensión” torna posible entender el proceso de autoidentificación, de entendimiento del propio lugar en el mundo. Esto debe entenderse de forma relacional, siendo la propia concepción que uno tiene de quien es en relación con un todo más amplio del que forma parte (Loza, 2007 :6).

La “cohesión de las elites” es una herramienta válida a la hora de estudiar la construcción de la identidad nacional rusa pero también pueden explorarse los cambios de la opinión pública a través de las encuestas e incluso, manifestaciones culturales como los medios de comunicación. Desde la perspectiva constructivista, como se afirmó en párrafos anteriores, la investigación de identidad incluye el estudio del discurso de líderes políticos, intelectuales y de todos aquellos comprometidos en el proceso de construir, negociar, manipular y afirmar una respuesta a la demanda para una imagen colectiva² (Giraudó y otros, 2006)³.

La nación rusa

Las naciones que son construcciones culturales típicamente modernas, como dispositivos simbólicos, continúan siendo una de las principales fuentes de pasiones y rencores de la historia de la humanidad. También puede afirmarse que, aunque redefinidas, continúan vigentes, a pesar de la globalización (mundo intercultural globalizado). La construcción de identidades nacionales implica un proceso de configuración simbólica que no está carente de conflictos y en el que los sujetos “luchan” por la obtención de cierto capital simbólico (Loza, 2007 :2-3).

La nación, que no puede ser considerado como algo dado, que permanecerá fijo en el tiempo, constituye un principio espiritual basado en dos grandes fundamentos: el olvido de un origen violento y la voluntad de estar juntos: una nación es diferente a una raza, un grupo étnico o un grupo lingüístico, un grupo religioso o un conjunto de personas determinado espacialmente, entendiéndose la pertenencia a esta nación como una elección, nunca como algo dado a priori. En cuanto al futuro, sus integrantes comparten la idea de un mismo programa a realizar y el deseo de preservar la nación en el tiempo (Loza, 2007 :4).

Por ejemplo, en el caso de la rusianidad no puede ni debe ser vista como algo dada e inmutable. El zarismo, la literatura de Tolstoi, la visión de Tocqueville, la opinión de los franceses en general, como

2

Metodológicamente, para abordar un caso sobre la base del llamado “objetivismo”, el primer paso sería recuperar los significados subjetivos; el segundo, poner los significados en contexto y, finalmente, historizar los significados (Pouliot, 2007 :368-374).

3

Cabe advertir además, que tan importante como definir si otras naciones constituyen el “Otro”, resulta determinar la relación con las minorías étnicas establecidas en Rusia como los rusos radicados en otras repúblicas de la ex URSS -unos 25 millones-, como partes del “nosotros”. En efecto, Rusia cuenta con numerosas poblaciones no rusas en su seno, de las que, numéricamente, las más importantes, son tártaros, chechenos, ingushetios, maris, chuvaches, osetios, bachkires, buriatos, tuvas, komis, udmortos y kalmuks. En varias repúblicas, los rusos constituyen entre el 20 y el 30 % de la población (Zubelzú, 2005).

el propio Diderot, muestran una imagen o estereotipo de la sociedad rusa, pero el mismo no es inevitable.

Pero las naciones están en permanente reconsideración y sus límites no están definitivamente resueltos. Las cuestiones relativas a las identidades nacionales aparecen como ficcionales pero al mismo tiempo, como ámbitos de negociación, lucha por el poder simbólico y conflicto. También debe concebirse la posibilidad de ser ciudadano de una nación y mantenerse como diferente al todo que la nación promueve y reproduce. Es la política la que debe impulsar acciones que impliquen tolerancia hacia los diferentes y solidaridad de los de abajo como requisitos que posibiliten la convivencia (Loza, 2007 :5).

Salvando diferencias entre un nacionalismo con rasgos negativos, que lleva al odio, el rechazo, el desprecio, la exclusión y eliminación del “Otro” y otro positivo, posibilitando la concreción de objetivos comunes, para ser canalizados hacia fines ventajosos, el nacionalismo ruso, hoy, moderado, no fue lineal sino que atravesó varias etapas.

Cabe entonces analizar en el caso del Estado multinacional ruso, para dimensionar su identidad nacional, su rol de ex superpotencia e Imperio, su visión del “Otro” (Occidente) y los “otros” (UE, China, etc.), incluyendo sus viejas esferas de influencia (por ejemplo Europa del Este), su “patio trasero” (sus vecinos más cercanos, Bielorrusia, Ucrania, Georgia y los Estados centroasiáticos) y, sus propias amenazas separatistas internas (Chechenia, Osetia del Norte, Daguestán)

La evolución histórica de las percepciones entre Occidente y Rusia, resulta de particular relevancia con el objeto de explorar los cambios en los discursos de las elites rusas a lo largo del tiempo. En el caso ruso, Europa y Occidente en general, jugaron el rol del “Otro” signifiante y prominentemente figuraron en el debate acerca de la identidad nacional. Fueron Europa y Occidente, los que crearon el ambiente signifiante en el cual los gobernantes rusos han históricamente sabido ser reconocidos por el “Otro” Occidente y modernizarse después a la manera de Occidente. Esta ya fuera, una civilización superior, emulada o contenida, nunca fue ignorada por Rusia a lo largo de siglos.

Para Rusia, en este contexto, la adhesión a un “nacionalismo moderado” implicó replantear para Rusia la tensión entre la identidad rusa y el nuevo Estado-Nación esta vez ya no asociado como antes, a la idea de “Imperio” (Zubelzú, 2005)⁴.

En tal sentido, es importante testimoniar la magnitud del impacto de la caída de la URSS en la identidad nacional rusa. Para algunos autores, la “desovietización” de la sociedad rusa representó algo parecido a un cambio de civilización, que supuso una especie de “victimización” del pueblo ruso. Para otros, los rusos no pudieron reasumir su nacionalidad de inmediato, tras 1991, porque sencillamente habían desaparecido como nación. La identidad nacional rusa quedó definida por la negativa: eran rusos todos los ciudadanos de la Federación Rusa que no fueran miembros de otras etnias. Los rusos tampoco veían que sus dirigencias los representaran en cuanto a sus valores culturales. Finalmente, como si todo lo anterior fuera poco, se convirtieron en el blanco del odio de sus vecinos, que hallaron en ellos, sus respectivos “chivos expiatorios”, por haberles impuesto el comunismo en sus naciones (Belikow, 2005) (Claudín Urondo, 2002 :9)⁵.

4

Es importante recordar que primero, Rusia, era un Imperio, mucho antes de ser una Nación. Segundo, la fragmentación de la URSS implicó el desacople territorial de Rusia respecto a los límites del Imperio (Zarista y Soviético), con lo cual, 25 millones de rusos pasaron a vivir en los nuevos Estados postsoviéticos. Para la mayoría de los rusos, su tierra era el Imperio Zarista por lo que, ahora, el Estado ruso cumple un doble rol: construir una nación y limitarla institucional and territorialmente (Goble, 1994 :42-51) (Kuzio, 2001 :168-177).

5 Para toda la elite rusa, Occidente es el punto clave de referencia, no obstante que cada escuela o tradición de pensamiento, entienda su naturaleza de modo diferente. Los realistas también subestiman el abanico de cambios en tal posible evolución. En la Rusia soviética, Gorbachov implicó un fenomenal cambio al igual que el Canciller de Yeltsin, Kozyrev, produciendo quiebres fundamentales con el pasado, más allá de la adaptación estratégica al poder militar creciente de Occidente. Pero también los liberales tuvieron dificultades en dimensionar la pérdida del pensamiento de “Gran Potencia”. Para ellos, ese retiro no parecía ser racional, porque desde una visión globalizadora, la preocupación por el status de “Gran Potencia”, no

Así, la desintegración de la URSS no significó que Rusia heredara un Estado-Nación como tal, sino una amorfa y débil identidad nacional. Al igual que los turcos durante el Imperio Otomano, ni el régimen zarista ni el soviético promovieron la construcción de una “nación” rusa. Según Goble, la tragedia rusa se debe a que se convirtió en un Imperio mucho antes de consolidarse como Nación: es decir, Rusia fue un Estado con un centro y una periferia, pero no una metrópoli con colonias (Zubelzú, 2005)⁶.

Téngase en cuenta lo que implicó en términos materiales o económicos pero también y sobre todo, psicológicos: Rusia ya no es una “Gran Potencia” porque su colapso de los noventa la hizo caer desde el tercer PBI absoluto mundial detrás de Estados Unidos y Japón, al número decimosexto, tras India, México, Corea del Sur y Argentina. En 1987, el PBI de la URSS era el 30 % del de Estados Unidos. Hoy, es el 5 % Semejante cambio de tal magnitud, impactó negativamente en la autoestima rusa (Graham Jr., 2000).

La construcción hegemónica del putinismo

La década rusa del noventa fue una década de una serie de “oportunidades perdidas”, como un espectáculo donde la lucha política tuvo lugar de alguna forma, pero no seriamente. Arriesgando una explicación psicologista, puede afirmarse que, teniendo en cuenta la mentalidad revolucionaria de Yeltsin y el enorme impacto del colapso de la URSS, que bien podría considerarse como un “fin de la historia” en sí mismo, bien merecía tomarse una “suspensión mesiánica” del tiempo, porque ya “todo había sucedido” (Prozorov, 2008 :212)⁷.

Bajo el postcomunismo nihilista, esa falta de objetivos históricos, la muerte de los grandes relatos y la destrucción de la idea de un proyecto histórico, dejó a la sociedad rusa, exhausta, renunciando ella misma, a todo “futuro brillante” y vivir así, en el “puro presente”. Como resultado de este gesto singular, toda transición liberal-democrática o intento revanchista, estaban condenados a su imposibilidad fáctica, reservando sí, un lugar a la política paradójica de pragmatismo sin fines, que preanunciaría la era Putin⁸.

Ahora puede entenderse que el yeltsinismo discursivamente comparte más con el putinismo de lo que los separa. No hay retorno a la “normalidad” con Putin, tras la “anormalidad” de Yeltsin. Ambas temporalidades son idénticas en la suspensión del tiempo teleológico de la política “normal”, es decir, un progresivo desarrollo dentro de un orden simbólico, institucional e ideológico. Son ejemplos de

era un impedimento al desarrollo y en última instancia, supervivencia del país.

6

De modo similar a Turquía y Austria, mucho antes, al Estado ruso le toca la doble tarea de construir la “nación” y acotarla institucional y territorialmente, tras vivir la fragmentación de un Imperio, con todo lo que ellos supone: falta de decisión política sostenida; obstáculos frecuentes como el chauvinismo y la xenofobia, etc. (Zubelzú, 2005).

7

Una especie de “suspensión mesiánica” en términos del italiano Giorgio Agamben. Este discute el “fin de la historia” de Kojève y el neohegeliano Fukuyama, que llega a un cierto fin teleológico estatal, por ejemplo el triunfo definitivo del capitalismo y la democracia. Agamben cree en un fin de la historia mesiánico, que supone un doble fin: tanto una expiración de la historia en términos de aquella teleología y una expiración de la teleología que hizo posible y significativo hablar acerca de la completitud de la historia en el primer sentido. Agamben habla de un cierto olvido del futuro, porque todo lo que permanece después del fin de la historia, es presente, el ahora en el que vivimos y al cual podemos apropiarnos como el tiempo que tenemos, una vez que la existencia (el “ethos”) se libera del proyecto o versiones de “telos”, con potencialidad o inoperancia (Agamben, 1993 :25-26-102).

8

Desde otra manifestación cultural como el cine, el film “Archangel” (2005), protagonizado por el actor británico Daniel Craig, refleja elocuentemente la era Putin, signada por la vía intermedia entre el caos yeltsinista y la amenaza neoestalinista.

pura despolitización, en lugar de una articulación hegemónica de una orientación política particular (nacionalismo, liberalismo o comunismo).

La “innovación” de Putin, quien emergió derivado del caos yeltsinista y legitimado por la guerra de Chechenia, fue carecer de todo estilo carismático revolucionario que caracterizó al liderazgo noventista. A pesar de su elevada aprobación, la figura de Putin carece de admiración o “amor”: la opinión pública se manifiesta con él, “positivamente indiferente”. Su carácter tecnocrático lo ha llevado incluso a quitar discursivamente todo aspecto sentimental a la “idea nacional”, para él, sinónimo de “estatalidad eficaz y eficiente”. El propio Putin se encarga de deslegitimar cualquier respuesta a posibles futuros, ambientando su gestión, en un marco puramente pragmático, con un discurso ideológicamente neutral y tecnocrático nihilista, donde lo que quiere, ansía o aspira, asume un carácter secreto o, la “nada misma”. Este abandono de grandes relatos también lo ha conducido a relativizar el pasado soviético: le ha quitado dramatismo o ese rasgo catastrófico que otrora lo describía, por supuesto, negativamente, para brindarle una naturaleza de “realidad cristalizada”. En esta era ateleológica y posthistórica, el putinismo es una suerte de “significante vacío”, incluyendo tautologías sin significado alguno, en las que todo pasa para la política rusa, aquella en la que reina precisamente, la “estabilidad” (Prozorov, 2008 : 220-222)⁹.

Pasemos a analizar más detalladamente, el discurso putinista. Un programa de TV ayuda a reconstruir el discurso identitario putinista. Todo discurso identitario, puede a menudo, tener un actor político principal conciente no obstante, que generalmente, la construcción de la identidad es un proceso de co-producción, que involucra partes motivadas comprometidas con la reproducción de los componentes de la identidad. Estos son objetos del conocimiento, en términos foucaultianos, los cuales emergen de la co-construcción de significados como resultado de la interacción y la orientación del Otro de los hablantes. Este conocimiento compartido coproducido es interdiscursivo, ya que los hablantes recontextualizan el material de otros contextos, así como los términos del discurso producido de esta forma, es el discurso representado¹⁰.

Un segundo elemento es la co-construcción de un área temática de “cuerpo nacional”, con un espacio geográfico extenso, que forma parte de la idea del pertenecer a Rusia. Allí el conocimiento se distribuye desde el centro a la periferia y nunca a la inversa. Putin y sus presentadores estaban en Moscú mientras la TV hacía de puente entre el público diverso (proveniente de las más lejanas regiones) y el gobernante. Tercero, y confirmando cierto continuismo, Putin no dejó de usar los modelos discursivos de la era soviética. Lo hace de una forma muy sutil, construyendo la idea de una “nación positiva y entusiasta”. Reforzando su centralidad presidencial, Putin habla de los Juegos Olímpicos de Invierno en Sotchi, localidad donde él veranea, en el año 2014. El tamaño, la vastedad territorial de Rusia, también le preocupaba a Putin, quien creía en la fuerza de la “vertical del poder” (Ryazanova-Clarke, 2008 : 316).

9

Sobre la forma de trabajar de los siloviki y su formación más socialización, resulta claro que están habituados a la cautela, la opacidad, la manipulación, la desconfianza, el profesionalismo. Pero también constituyen una suerte de hermandad, con códigos de honor, una fe y una ideología propias. Los siloviki con Putin recuperaron el poder económico del que gozaban en la era soviética. Todo esto genera incertidumbre respecto a la futura sucesión presidencial, por las pujas de poder que se pueden generar, si no hay consenso previo (Kryshtanovskaya, 2008 :594-595).

¹⁰ El 18 de octubre de 2007, los rusos fueron sometidos a una verdadera “maratón” televisiva y radial, en el marco de un programa llamado “Línea Directa con el Presidente”, cuyo formato estándar se remontaba a la propia inauguración del periodo presidencial de Vladimir Putin, en el año 2001. El programa, ese día, de más de tres horas, 2 millones y medio de preguntas y 69 respuestas, con un corpus de 21.695 palabras, cobraba especial singularidad porque se trataba del último de la era presidencial de un líder que había llegado 8 años antes, ungido como el “delfín” de Yeltsin. Se suponía que durante esa jornada, Putin recibiría el reconocimiento explícito de la opinión pública, además de evacuar dudas o consultas acerca de su mandato y su futuro.

Nuevamente, la Segunda Guerra Mundial con su pasado de gloria militar o el empleo de situaciones como la revolución bolchevique o la guerra de Chechenia, como ejemplos de heroísmo y valentía de los militares rusos, eran referencias usadas para levantar la moral rusa. Mientras tanto, todas las referencias al pasado soviético eran siempre nostálgicas y positivas, evitando el Presidente, nombrar las negativas.

La actual era de prosperidad y orden, con un futuro donde conviven la confianza personal del Presidente y la realización de logros positivos, sirven para justificar la relevancia de la figura de Putin. Este cobra vigencia, como comandante militar, como un tecnócrata competente y como una especie de “superhombre”. El orgullo en la carrera armamentista, el lenguaje técnico militar que emplea, la jerga administrativista y el vocabulario de especialista así como la percepción de una especie de “padre” para la población, que duerme poco, vive activamente y es un “adicto al trabajo”, coincide con la cultura política rusa de siglos, idealizadora de sus gobernantes (Ryazanova-Clarke, 2008 :329).

Generando un nuevo habitus nacional, a través de nuevas políticas de socialización, el putinismo supuso la introducción aséptica de nuevos feriados en el calendario ruso, homenajando a los militares pero despojándolo de todo ribete comunista; reimpuso el himno estalinista con letra rusa y apoyó manifestaciones artístico-culturales que contribuyan a construir un imaginario nacional.

Los tres proyectos de país

La identidad es el producto de la competencia discursiva entre diferentes grupos y coaliciones, planteadas en diferentes acciones del “Otro” e interpretando influencias contemporáneas locales e internacionales en un modo, en el que ubica a los intereses de grupo^{11 12}.

El primer grupo de ellos, podría denominarse de diversa manera: los liberales, demócratas, occidentalistas, atlanticistas o institucional internacionalistas. Su fundamentación ideológica incluye elementos el pensamiento de Pedro El Grande, el Zar Alejandro II, Pavel Milyukov (Primera Guerra Mundial), el “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano y un compromiso total a los valores occidentales de la democracia, los derechos humanos y el libre mercado. Por un breve período, las visiones de este grupo (integrado por Anatoli Chubais, Yegor Gaidar y Grigori Yablinsky, entre otros), constituyeron la filosofía oficial del Kremlin en 1992 y parte del año 1993. Su discurso posiciona la “normal” o “civilizada” congruencia con Occidente, como la referencia para la evolutiva identidad rusa (Kassianova, 2001 :824).

11

Ole Weaver es uno de los autores que más trabajado la vinculación entre identidades, discursos y política exterior. El discurso es aquello que organiza el conocimiento de manera sistemática y por lo tanto, delimita lo que se puede y lo que no se puede decir. El espacio discursivo es el campo en un tiempo y lugar que sostiene un sistema discursivo (conjunto de conceptos clave y constelaciones de conceptos). Las estructuras discursivas permiten trabajar con cambios dentro de continuidades, porque condicionan las alternativas posibles de acción política. Por supuesto, no en todos los casos, aunque sí en el de Rusia, un abordaje discursivo de la identidad no debe suponer que el antagonismo sea la principal o única fuente de sentido de construcción de una identidad (Weaver, 1996 :3-7).

12

En este punto, la nación no es una entidad homogénea y la identidad nacional puede convertirse en algo altamente competitivo. Se forman diferentes coaliciones en torno a identidades para promover sus visiones. Son favorecidas por varios grupos de identidad en los espacios público y privado y así, la competencia identitaria es especialmente intensa hasta que una de las visiones disponibles se convierte en predominante o hegemónica. Las actividades de los emprendedores políticos, recursos materiales e ideacionales, arreglos institucionales y prácticas históricas, pueden facilitar considerablemente el proceso de persuadir las elites y el público en general. Cuando parte de este proceso de persuasión está completado, el Estado se apropia de la identidad nacional dominante como una guía para el proceso de toma de decisiones (interés nacional). Entonces, la política exterior es un fenómeno altamente político. Evoluciona con el ascenso y la caída de varias visiones identitarias, abogadas por diferentes grupos sociales y políticos.

La lógica de definir extremos opuestos, provee la razón para ubicar aquí y ahora, a los ultranacionalistas o expansionistas. En este lugar coinciden, tanto la extrema izquierda de Zyuganov y los ultranacionalistas de Zhirinovskiy. En antítesis a los liberales prooccidentalistas, los nacionalistas pronuncian un ambiente internacional hostil, “Occidente” es el enemigo natural y una amenaza a los valores rusos, la orientación al libre mercado es un desastre y la restauración del poder ruso en el anterior territorio soviético y en el mundo, es la principal prioridad. Su discurso de política exterior explota largamente las narrativas mitologizadas de la unicidad civilizatoria y la “misión” rusa. Los apoyos de este sector provienen de un número bastante representativo de círculos financieros y empresarios, líderes regionales influyentes y hasta funcionarios oficiales. El apoyo público a estas ideas, llegó a su pico máximo del 43 % en las elecciones de 1993 (Kassianova, 2001 :825).

El más popular y diverso grupo es el llamado de los estatistas y liberal-nacionalistas. Es dificultoso hallar un término que los agrupe porque posee una diversidad grande de líneas y sus visiones representan un amplio espectro de posiciones políticas que sin embargo, coinciden en que la política exterior debe estar guiada por intereses nacionales definidos en términos realistas, considerando la situación de seguridad geopolítica rusa, objetivos económicos domésticos y recursos disponibles. La más pronunciadamente “eurasianista” parte de este discurso refleja el determinismo geopolítico o consideraciones esencialistas. La parte liberal patriótica moderada presenta cooperación con “Occidente” como la estrategia inequívocamente preferible que debe estar condicionada al respeto de las prioridades nacionales y preocupaciones de seguridad rusas. Las ideas convergentes en este grupo, el corazón del actual “putinismo”, con Putin, Ivanov y el ex canciller de Yeltsin, Primakov, entre otros a la cabeza, proveen las bases para el más importante consenso en política exterior en la opinión pública (Kassianova, 2001 :825)¹³.

Influidos por el pensamiento y accionar de Aleksandr Gorchakov, Canciller del Zar Alejandro II, los estatistas buscan preservar el orden social y político, pero sobre todo, la integridad territorial frente a las amenazas externas. Los rusos poseen un acendrado complejo psicológico de inseguridad, con una predisposición inmediata a sacrificar todo a favor de independencia y soberanía. Las múltiples guerras en Europa y Asia les han dado más excusa a modo de justificativo, a los estatistas. Stalin solía afirmar que mongoles, turcos, suecos, polacos y lituanos, han vivido en guerra con los rusos. Esto ha impedido que Rusia, distante a 50 a 100 años de desarrollo respecto a los capitalistas ingleses y franceses pero también en relación a los vecinos japoneses, reduzca esa distancia al menos, a 10 años (Tsygankov, 2006 : 6) .

Los civilizacionistas siempre han visto los valores rusos como diferentes a los occidentales Su respuesta a los dilemas de seguridad es más agresiva que los anteriores. Siguen a Iván el Terrible, con la unión de tierras rusas después de la invasión de los mongoles o la Tercera Roma. Son superiores moralmente a Occidente: hay un firme compromiso con la cristiandad ortodoxa. Adhieren a la concepción de la identidad imperial rusa. Reconocen restricciones del ambiente pero recomiendan expandirse más allá de los límites oriental y meridional. El paneslavismo en el siglo XIX, reivindicaba la idea de unidad cultural, que paradójicamente tendría continuidad en el socialismo de Lenin y Trotski, sobre todo, este último, con su doctrina de la “revolución mundial”. De algún modo, los eurasianistas (Aleksandr Dugin y Aleksandr Mitrofanov) representan genuinamente esta corriente en

Si bien una fracción importante de la población lamenta como Putin, la disolución de la URSS, apenas el 16 % en el 2009 (como máximo el 25 % en el 2003), pretende recuperar a la URSS como forma institucional de relaciones exteriores con las ex repúblicas. El 27 % pretende mayor bilateralismo y el 22 % una integración al estilo de la UE. El 56 % de los rusos tampoco está de acuerdo con forzar hasta la fuerza, los vínculos con las ex repúblicas (Centro Levada, 2009 :149).

contra del atlanticismo. El expansionismo ruso se justifica antes, por el occidental (Tsygankov, 2006 : 8)^{14 15}.

El producto más acabado del perfil de la elite rusa de fines de los noventa, es la formulación y ejecución de una política exterior, que con Putin, recuperó el orgullo y la autoestima nacional rusa, a partir de la construcción de una sólida identidad cultural, descartando relaciones de fuerza o violencia externa. Al final de su era (2000-2008), en el año 2009, el 48 % de los rusos admitían estar “orgullosos de ser rusos” mientras que un 26 % decía estar “muy orgullosos de serlo”. Sólo el 21% decía no estar “muy orgulloso” o “nada orgulloso” de pertenecer a la Federación Rusia. Un año antes, el 52 % de los rusos afirmaba que Rusia debía resolver sus problemas con otros países de manera pacífica y negociada mientras el 39 % decía que en ciertas oportunidades, debía “mostrar la fuerza” (Centro Levada, 2009 :162) (Graham Jr, 2000).

La opinión pública rusa

En la década putinista, un 32 % de los rusos juzgaba que la mayoría de los países desarrollados tenía una actitud o vínculo de “socio” con su país, mientras un 33 % consideraba que desarrollaban el carácter de “rival”. Sólo un 7 % los definía como “enemigos”(Centro Levada, 2009 :167).

Desde el inicio de su gestión como Presidente, y continuando con algunos objetivos de la Doctrina Primakov, Putin buscó restaurar la autoestima y el orgullo nacional ruso, generando una política exterior, que puede juzgarse como “realista”, destinada a defender dichos intereses nacionales, fortaleciendo el papel de gran potencia, de influencia en un mundo multipolar. La humillación de la derrota en la Guerra Fría, debido a la caída de la Unión Soviética, juzgada por Putin, como la “peor catástrofe geopolítica de la historia de la humanidad”, dio paso -de manera bastante más rápida de lo esperado-, a una Rusia que se erigió altiva y autónoma en relación a sus vecinos y Estados Unidos (Kennedy, 2007) ^{16 17}.

14

Sobre el eurasiatismo, hay trabajos muy interesantes, profundizando sobre sus rasgos básicos, naturaleza y representantes (Patomaki, Pursiainen, 1998).

15 El colapso de 1991 de la URSS, que significó el fracaso de la posición intermedia gorbachoviana entre viejos estatistas-civilizacionistas y nuevos liberales occidentalistas, presentó a los liberales de Rusia, una oportunidad para exhibir un curso prooccidental de la política exterior. Tanto el nuevo Presidente de Rusia, Yeltsin como su Canciller Kozyrev, persiguieron políticas de asociación estratégica e integración con Occidente y sus instituciones. Parecía que la nueva identidad liberal era finalmente establecida en Rusia. Pero la historia estaba lejos de terminarse y los viejos debates identitarios reaparecieron. En los hechos, parcialmente porque cayó el liderazgo soviético, la nueva identidad postsoviética fue profundamente desafiada y el momento liberal no duró. Muy tempranamente, las políticas occidentalistas se encontraron con una formidable oposición, en la cual, los estatistas jugaron un rol clave. Los nuevos estatistas se diferenciaban de los soviéticos en cuanto a que reconocían al mercado y la institucionalidad democrática pero siempre con el ánimo de reforzar y no debilitar al Estado. La nueva coalición estatista estaba formada por militares, servicios de seguridad e industrialistas que no se beneficiaban o se beneficiaban poco de la relación con Occidente. El consejero presidencial Serguei Stankevich y el jefe de la inteligencia exterior, Primakov, lideraban un grupo que creía que el interés nacional, preservar el rol de “Gran Potencia”, relacionándose con China e India y contrabalanceando a Occidente, no había cambiado sustancialmente. Este grupo tenía apoyo popular como lo demostró el nombramiento de Primakov al frente de Cancillería (Tsygankov, 2006 :18).

16

Putin confirmó al último Canciller de Yeltsin, Igor Ivanov, quien ha considerado que la política exterior rusa a lo largo de su historia, ha sido exitosa cuando adquirió el carácter de “realista” y pragmática.

17

Entre el año 2005 y el año 2009, ha crecido el consenso entre los rusos respecto a que la política exterior tiene objetivos claros. En el 2008, por ejemplo, el 60 % de los rusos consideraba que la política exterior tiene un curso o una línea bien pensada o planificada, mientras que el 21 respondía que se “limitaba a reaccionar ante circunstancias” (Centro Levada, 2009 :162),

Ahora bien, cuáles son las percepciones de los rusos hacia el resto del mundo? Empecemos por el histórico archirrival, Estados Unidos. Paradójicamente, como si viviéramos todavía en la Guerra Fría, el 69 % de los rusos reconoce que Rusia tiene enemigos y cuando debe nombrar cuáles, el 51 % menciona a Estados Unidos y un 34 % a la OTAN. Los guerrilleros chechenos son mencionados por el 45 al 47 % de los encuestados (Centro Levada, 2009 :163-164).

Sin embargo, en el año 2008, al final de la era Putin, el 58 % de los rusos consideraba que Rusia estaba abierta al resto del mundo y un 22 %, “totalmente abierta”. Un 56 % prefería que se mantenga abierta o se abra más todavía. Esto revela un alto grado de adhesión a la globalización, aunque con condiciones (Centro Levada, 2009 :163).

Salvo en el 2001, cuando los rusos preferían relaciones con sus vecinos de la CEI, siempre Europa (llámese Alemania, Francia, la propia Gran Bretaña y otros países de Europa Occidental) se mantuvo toda la última década, en el top de las preferencias de los rusos: entre el 50 y 54 % De hecho Alemania es la preferida tanto por los rusos como para Putin que vivió allí en la Guerra Fría y considera que Rusia es parte de Europa. India, China y Japón, en ese orden, se mantenían atrás y Estados Unidos, que se posicionaba alto al inicio de la década, fue cayendo hasta un 15 % de aceptación en el año 2009, aunque mayor que el 12 % de países árabes, Cuba y Corea del Norte (Centro Levada, 2009 :163).

Cuando se le pregunta a los rusos, cuáles son los cinco países “más amigos” de Rusia, en el 2009, el 50 % respondió Bielorrusia, el 38 % Kazajstán, el 18 % China, el 17 % Alemania y el 15 % Armenia. India, Azerbaiyán, Bulgaria, los otros Estados de Asia Central, excepto Turkmenistán), algunos europeos como Francia e Italia y los latinoamericanos, supuestamente “solidarios” como Cuba y Venezuela, aparecen más rezagados, en ese orden lejano (Centro Levada, 2009 :165).

Además de Estados Unidos (en segundo lugar), Georgia era el país más hostil para el 62 % de los rusos en el 2009 y le seguían Ucrania, los tres países bálticos, Polonia (enemigo histórico), Gran Bretaña y Afganistán (Centro Levada, 2009 :166).

Conclusiones

Hemos descrito la evolución del pensamiento de la elite rusa postsoviética, respecto a su identidad nacional y ejecución de política exterior. A través del constructivismo, se ha rastreado, a partir de los discursos e interpretaciones de la elite, el proceso de construcción de dichas identidades y sus cambios en un contexto de ciertas continuidades. El complejo entramado de relaciones exteriores mostraría que la Rusia postsoviética, bajo Yeltsin-Putin, se ha conducido de un modo concertacionista y cooperativo, sin alentar pretensiones hegemónicas (excepto en su propio “patio trasero”) o confrontativas, reflejando las preferencias de la opinión pública rusa, que ha sabido interpretar adecuadamente, especialmente, la coalición putinista.

Para algunos, el actual, en pleno ciclo electoral presidencial, es un momento que puede ser una vez más, juzgado como “bisagra”: la Federación se erige en un país genuinamente democrático y confiable o en uno nostálgico de un pasado glorioso pero al mismo tiempo, hostil. Como en el pasado, esa opción binaria, nunca se concretó y lo cierto es que, con Putin y Medvedev, Rusia, como otros países emergentes, en la marea globalizadora, es un país “normal”, que sólo pretende construir una identidad propia. Además, como en otras épocas de la historia, la soviétización sofisticada (disfrazada de democrática), la opacidad continuista con centro en el Kremlin y la pasividad de la sociedad civil, cuasi “anestesiada”, poco parecen importar en un Occidente, preocupado con hacer negocios de corto plazo. Esta Rusia no imperial y cooperativa, no puede ocultar rémoras preocupantes, pero sólo visibles para una oposición heterogénea y algunas ONGs o intelectuales del mundo. Un quiebre en el seno de su elite gobernante o el despertar furioso de una sociedad civil aún débil, pueden preanunciar cambios sustanciales en la ecuación del poder.

Bibliografía:

AGAMBEN, Giorgio, *The coming community*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1993.

BANDLER, Donald K., KULHANEK, Jakub, “Fear of a weak Russia: if Moscow’s failures continue, the world may soon become a much more dangerous place”, in *Foreign Policy*, August 5, 2009.

BELIKOW, Juan, "Existen un Estado y una Nación para los rusos?", ponencia presentada en el II Simposio Electrónico Internacional "El nuevo mundo de la antigua Unión Soviética", CEID, Buenos Aires, 2005.

CENTRO LEVADA, Russian public opinion annual, 2009.

CLAUDIN URONDO, Carmen, "La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad", en Revista CIDOB d'Àfers Internacionais, Número 59, Barcelona, Octubre-Noviembre de 2002.

GIRAUDO María y otros. (2006) "Teoría y Metodología en el Estudio de las Relaciones Internacionales". 27 de septiembre. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad del Salvador. Trabajo presentado en las Jornadas de Investigación del Instituto de Ciencias Sociales (IDICSO). Buenos Aires.

GOBLE, Paul, "Russia as a Eurasian Power: Moscow and the Post-Soviet Successor States", in SESTANOVICH, Stephen (ed.), Rethinking Russia's National Interests, Center for Strategic and International Studies, Washington DC, 1994.

GRAHAM JR., Thomas, Russia's foreign policy, Symposium at the Royal Defence College, Carnegie Endowment for International Peace, March 1, 2000.

KASSIANOVA, Allia, "Russia: Still Open to the West? Evolution of the State identity in the Foreign Policy and Security Discourse", in Europe-Asia Studies, Volume 53, Number 6, September 2001, pages 821-839.

KENNEDY, Paul, "Le preocupa la Rusia de Putin?", en Diario La Voz del Interior, Córdoba, jueves 16 de agosto de 2007.

KRYSHTANOVSKAYA, Olga, The Russian Elite in Transition, in Journal of Communist Studies and Transition Politics, Routledge, 2008.

KUZIO, Taras, "Transition in Post-Communist States: Triple or Quadruple?", in Politics, Volume 21, 3, 2001.

LOZA, Jorgelina, Nación y región en un contexto globalizado: discusiones sobre identidades y reconstrucciones, Documento de Trabajo Número 11, Area Relaciones Internacionales, FLACSO, Buenos Aires, abril de 2007.

MERKE, Federico, "Identidad y política exterior, la Argentina y Brasil en perspectiva histórica", en Revista Sociedad Global, Revista de Relaciones Internacionales y Ciencias Políticas, UAI, Volumen 2, Números 2-3, Buenos Aires, junio-diciembre de 2009.

MERKE, Federico, Identidades (in)válidas. El Uso del "Otro" en política exterior, en Revista Studia Politicae, Número 18, UCC, Invierno de 2009.

PATTOMAIKI, Heikki, PURSIANEN, Christer, Western models and the Russian Idea: beyond inside/outside in the discourses on civil society, UPI Working Paper 4, NGID, 1998.

POULIOT, Vincent, "Subjectivism": toward a Constructivist Methodology, in International Studies, 51, Quaterly 2007.

PROZOROV, Sergei, Russian postcommunism and the end of history, Studies on East European Thought, Springer Science, May 2008.

RYAZANOVA-CLARKE, L., Putin's Nation: Discursive Construction of National Identity in Direct Line with the President, in Slavica Helsingiensia, Number 34, Department of Slavonic and Baltic Languages and Literatures, University of Helsinki, 2008.

TSYGANKOV, Andrei P., [Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity](#), Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, New York, 2006.

WAEVER, Ole, "The Rise and Fall of the Inter-Paradigm Debate", in SMITH, Steve, ZALEWSKI, Marysia, BOOTH, Ken (eds.), International Theory: Positivism and Beyond, Cambridge University Press, 1996.

WENDT, Alexander, "Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics", International organization, 46, 1992, pages 391-425.

ZUBELZU, Graciela, "Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria", Título del Proyecto de Investigación "Políticas Exteriores Comparadas: Primera aproximación" (Código 19/C137), Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR, Argentina, 2005.